

ARL
JS

C.D. 5474

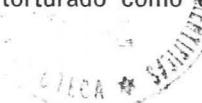
B7/1

M-8265
F-11

1. La poesía de Blas de Otero

Poesía existencial y poesía de solidaridad

El nombre Blas de Otero destaca en el panorama de la poesía española actual con singular relieve. Nacido en Bilbao, en 1916, Otero pertenece a la primera generación de posguerra, es decir, la que comienza a darse a conocer y a publicar en los años cuarenta. Después de unas **plaquettes** aparecidas en 1941, **Cuatro poemas**, y en 1942, **Cántico espiritual**, y de unas **Poesías en Burgos**, publicadas en la revista **Escorial** en 1943, Otero no publica su primer libro, **Ángel fieramente humano**, título tomado de un verso de Góngora, hasta 1950. Pero ese libro le reveló como un poeta de sorprendente vigor y originalidad en el clima más bien monótono que ofrecía la joven poesía española en esos años. Dámaso Alonso saludó a la poesía de Blas de Otero como una de las tres o cuatro importantes revelaciones de la lírica española de posguerra, y al tratar de caracterizarla, señaló su talante de poesía desarraigada, angustiada, y recordó su parentesco espiritual con Quevedo, con San Juan, con Hopkins. Otros críticos —por ejemplo, el profesor Emilio Alarcos Llorach, en su libro **La poesía de Blas de Otero**— han visto en Otero un hijo espiritual de Unamuno, un vascó torturado como don



Miguel. En efecto, la agónica invocación y el diálogo clamante con Dios, tan frecuente en la poesía de Otero, parece de estirpe unamuniana, aunque en Otero suele ofrecer el tema una mayor riqueza expresiva, una más dramática tensión, sobre todo en la serie de espléndidos sonetos que llenan buena parte de sus dos primeros libros, **Ángel fieramente humano** y **Redoble de conciencia**, este último Premio Boscán de Poesía de 1950.

No es posible negar una fuerte base tradicional a la poesía de Blas de Otero, y a los nombres ya citados de Quevedo y San Juan habría que añadir el de Fray Luis de León. Pero aquí me interesa, más que subrayar ese fondo clásico, destacar el talante atormentado y preocupado de su poesía y el cántico de esperanza y de futuro que resuena especialmente en su libro **Pido la paz y la palabra** («Colección Cantalapiedra», Santander, 1955). La angustia es una constante en la poesía de Otero, sobre todo en sus dos primeros libros¹. Pero en **Pido la paz y la palabra** parece liberarse de esa angustia y conquistar la serenidad y la alegría. Ya en **Ángel fieramente humano** podía observarse una actitud que tendía cálidamente a una comunicación con el hombre y a alejarse de la torre de marfil, de la poesía intimista. Significativamente, el primer libro de Otero está dedicado «A la inmensa mayoría», réplica expresa a aquella otra dedicatoria famosa— «a la inmensa minoría»— de Juan Ramón Jiménez. Y en un poema del mismo libro, **Canto primero**, afirma el poeta:

Definitivamente cantaré para el hombre.

El hombre, su destino, su salvación, es el gran tema de la poesía de Otero casi desde que empieza a escribir. Y luego crece en él un afán de solidaridad humana con los hombres de nuestro tiempo, con los que sufren «hambre y sed de justicia». He aquí, por ejem-

¹ En esto es Otero un hermano espiritual de César Vallejo, de quien hay huellas visibles en su poesía, que han sido señaladas en un admirable artículo de José Ángel Valente (Índice, febrero, 1960).

plo, un breve poema, cuyo primer verso da título al tercer libro de Otero:

Pido la paz y la palabra.
Escribo
en defensa del reino
del hombre y su justicia. Pido
"del hombre y su justicia",
la paz
y la palabra. He dicho
"silencio",
"sombra", "vacío",
etc.
Digo
"del hombre y su justicia",
"océano Pacífico",
lo que me dejan.
 Pido
la paz y la palabra.

Hay evidentemente en la poesía de Otero un profundo latido social. Pero el mismo Otero ha escrito estas palabras para que nadie se engañe: «Creo en la poesía social, a condición de que el poeta, el hombre, sienta estos temas con la misma sinceridad y la misma fuerza que los tradicionales.» Lo que quiere decir que para Otero la poesía de propaganda no es poesía. Nada más lejos de la propaganda que estos poemas de **Pido la paz y la palabra**, en los que el amor a la patria, a España, cruza como un hondo dolor, como un látigo oculto, sangrando en el pecho, todo el libro. Amor a la patria y a sus tierras: sus pueblos, sus aires, sus labios:

Porque soy hijo de una patria triste
y hermosa como un sueño de piedra y sol; de un tiempo
amargo como el paso
de la historia.

Y también:

España, espina de mi alma. Uña
y carne de mi alma. Arrácame
tu cáliz de las manos.
Y amárrala a tu cintura, madre.

.....
Oh patria, árbol de sangre, lóbrega
España...

.....
Para ti, patria, árbol arrastrado
sobre los ríos, ardua España mía,
en nombre de la luz que ha alboreado:
alegría.

Es, naturalmente, una España soñada, una España del futuro, la que canta Blas de Otero en estos poemas con un ímpetu y un acento de verdadero poeta. Y con un lenguaje de maestro, un lenguaje sobrio, castigado, pero lleno de brío y de fuerza en su elemental desnudez. El verso suena a veces como un trallazo, y otras como una limpia espada de pureza. Las palabras, en algunos poemas, parecen de hierro, restallan como lálgicos o bien cantan como campanas puras. En pocos poetas de hoy el lenguaje es tan eficaz, tan poderosamente vivo. Como en todo verdadero poeta, el lenguaje de esta poesía es pieza capital, no mero cauce de un sentimiento. Pero no es mi propósito ahora analizar el estilo poético de Blas de Otero. Tal tarea ha sido ya realizada con maestría por el profesor Alarcos Llorach en el libro citado antes. A él remito al lector que deseé tener un conocimiento más cabal de los recursos estilísticos empleados por Otero en su poesía.

Un libro clave: **Ancia**

El extraño título de **Ancia** que ha puesto a un nuevo libro suyo Blas de Otero² no debe engañar al lector. No se trata de ningún sufijo o derivado verbal, sino de un sencillo capricho del autor, que ha querido for-

² **Ancia**, A. P. editor, Barcelona, 1958, 166 pp. Posteriormente, Otero ha publicado, en edición francesa, **En castellano**, con la versión francesa de Claude Couffon (Pierre Seghers, París, 1959).

mar una abreviatura con la primera sílaba de **Angel fieramente humano** y la última de **Redoble de conciencia**, los dos libros que, refundidos, constituyen el volumen actual. Pero si imaginamos a un andaluz del campo —y especialmente del campo sevillano— pronunciar el título, **Ancia**, podríamos entonces pensar que no se trataba de ningún capricho idiomático, sino de una simbólica **ansia**, el ansia dramática, exasperada, agónica que recorre toda o casi toda la poesía de Blas de Otero.

Angel fieramente humano, publicado por la Colección «Insula» en 1950, y **Redoble de conciencia**, que después de obtener el Premio Boscán fue publicado en 1951 por el Instituto de Estudios Hispánicos, son para mí dos libros capitales de Otero, que cierran una primera etapa de su obra. Al reunirlos, fundiéndolos en un solo volumen, ha añadido el autor 48 poemas inéditos, de aquella época casi todos, y ha introducido algunos leves cambios —supresión de dos poemas de **Angel fieramente humano**, trueques de títulos, variantes, etc. Pero lo que más nos interesa destacar aquí es la nueva ordenación dada por Otero a los poemas de sus dos libros, al formar con ellos, y con los nuevos poemas añadidos, un solo volumen. Esta nueva ordenación está hecha mirando a una estructura orgánica más densa y con una distribución de partes en consonancia con el tema y el talante de los poemas. El resultado es un nuevo libro, rico y denso, y bien diferenciadas sus partes, que nos sirven además para iluminar las fases sucesivas de la poesía de Otero, dentro de ciertos fluidos límites. Así, por ejemplo, toda la primera parte, compuesta de 44 poemas, sonetos en su mayoría, se centra sobre el gran tema inicial de **Angel fieramente humano**: el tema de la búsqueda frenética y clamante de Dios, tema que, como ha señalado Dámaso Alonso —en las páginas admirables sobre la poesía de Otero que publicó en **Poetas españoles contemporáneos**, ahora reproducidas al frente de **Ancia**—, se enlaza con el del vértigo terrible del hombre en soledad, indefenso e impotente frente al misterio y la angustia de la existencia. La serie espléndida de sonetos de **Angel y Re-**

doble, sonetos que bien podemos llamar religiosos, puesto que su argumento es el duelo del hombre con Dios, se enriquece ahora con algunos más, por ejemplo, «Hombre» —de la serie imprecatoria—, o «Pido vivir», o «Ecce Homo». El tono de toda esta primera parte se mantiene dramático, tenso, exasperado. Con razón ha recordado Dámaso Alonso, a propósito de estos temas, el gesto violento de Quevedo o el doloroso diálogo de Hopkins con su Dios.

Pocas veces esa violencia, esa especie de furia del idioma que caracteriza a Otero y que sirve tan eficazmente a la rebeldía contra el trágico destino del hombre, deja paso en algún poema de **Ancia** —por ejemplo, «Hoja nueva»— a una suerte de humano temblor indefenso, que invoca a Dios piedad del hombre inerme, al que sólo le queda su terror, un terror animal y oscuro ante el misterio. El gesto humilde del poema se suaviza aún más con los versos finales, tomados de un poema gallego de Rosalía. Un ejemplo más a añadir a los ya anotados por Alarcos en su citado libro, al estudiar un rasgo, si no nuevo en la poesía española, sí muy característico de Otero: los préstamos literarios, la incorporación de versos o expresiones de otro poeta, que cobran nuevo relieve en sus poemas.

Otero ha buscado, y logrado, un fuerte contraste entre esta primera parte del volumen, a que acabamos de aludir, y la segunda, centrada en torno a motivaciones de índole amorosa. Habíamos ya admirado en **Angel** y en **Redoble** estos sonetos de amor, de levantada y apasionada belleza, de aérea y sedeña suavidad, por ejemplo, los titulados «Luego» —que ahora se llama «Sumida sed»—, o el que lleva el lema de Quevedo «Tántalo en fugitiva fuente de oro». Certo es que en algunos de estos sonetos amorosos —como «Sombras le avisaron» (título nuevo: es el mismo soneto «Inútil», de **Redoble de conciencia**)—, la pasión erótica es también ansia y hambre de Dios, ansia de abismarse en un profundo y definitivo cielo. La amada es designada con la expresión **fronda de Dios** («Brisa sumida»), y el amante escucha en sus brazos la **música ardiente**,

rosa/de unas alas de Dios («Música tuya»). Baste decir que es raro el soneto de esta serie amorosa en donde la palabra Dios no figure en un verso: con frecuencia en dos y hasta en tres (así en «Un relámpago apenas», «Sumida sed», «Sombras le avisaron»).

Una novedad en el libro son las Parábolas y Dezires, que forman la tercera parte del volumen, y en los que Otero, siguiendo una tradición poética española que va de don Sem Tob, en el siglo XIV, hasta Unamuno, Antonio Machado y Jorge Guillén condensa en dos, tres o cuatro versos, un pensamiento poético³. A veces se trata sólo de una definición, así en «Tajamar»:

Morir: hender la sombra.
¡Proal del alma, tajamar sin roda!

Compárese la fuerte concentración idiomática de estos dos versos —que no dejan de tener cierto sabor unamunesco— con la expresión más derramada de un Manuel Machado cuando intentó poéticas definiciones del morir en su grave y hondo «Ars moriendi». Pero no siempre, claro es, persigue Otero esa tensión del idioma, estrujadora de materia, en expresión de Dámaso Alonso. Otras veces prefiere liberarse de esa brutal condensación, y parece perseguir como una relajación, una especie de **relâche** en su poesía, descansando de su brega a brazo partido con el idioma. Logra entonces poemas más fluyentes y frescos, con expresiones coloquiales y giros populares, acudiendo incluso a las frases hechas, a los clisés léxicos, por ejemplo, en «Y el verso se hizo hombre» o «El atestado». En este tipo de poemas, algunos por primera vez publicados en **Ancia**, no falta a veces la nota sarcástica, de desprecio feroz por ciertas formas o figuras de nuestra sociedad. Tal en el primero de esos dos poemas, la alusión a los **poetas tentempié, hijos de sus papás**.

El paso, en la obra de Otero, a una poesía de conte-

³ Puede verse, sobre esta tradición, el artículo de S. Serrano Poncela "Machado y don Sem Tob", en la revista **Cultura Universitaria**, 1959, enero-junio.

nido social, de solidaridad con el pueblo, con los que tienen hambre y sed de justicia —que va a ser la tónica de su tercer libro **Pido la paz y la palabra**, al que me he referido en anteriores páginas— lo vemos reflejado en la última parte de **Ancia**. Esas «alas airadas» ya no claman contra Dios, como en **Angel fieramente humano**, sino contra una sociedad injusta. «Definitivamente cantaré para el hombre», afirma el poeta al comienzo de su «Canto primerero». Se ha acusado a esta poesía de ser una poesía partidista o de propaganda. Pero en realidad esta poesía social tiene una vieja tradición en España, desde Juan Ruiz hasta la generación del 98, pasando por la poesía revolucionaria de algunos prerrománticos (Jovellanos, Meléndez, Cienfuegos).

Son frecuentes en **Ancia** los poemas que testimonian el impacto de las últimas guerras, la mundial y la española, con sus ríos de sangre y de muerte:

Aquí la sangre abel corrió a montones.
Aquí Jesús cayó de cara al suelo.
¿Sangre, decís? ¡Oh, sangre a borbotones,
a todo trance, hasta tocar el cielo!
(“Tabla rasa”)

Un poema de serena desesperanza, «Paso a paso», simboliza la larga noche oscura que se cierne sobre el hombre de hoy. Pero al final hay una aurora de esperanza:

Larga es la noche, Tachia. Oscura y larga
como mis brazos hacia el cielo. Lenta
como la luna desde el mar. Amarga
como el amor: yo llevo bien la cuenta.

Larga es la noche, Tachia
...Escucha el ruido
del alba abriéndose paso —a paso— entre los muertos.

Esta esperanza —en la patria, en la libertad, en la paz— encuentra en los últimos poemas de **Ancia** un eco más rotundo y vigoroso:

Eché la noche por la borda. Al borde
del vértigo, viré y cambié de sitio.
Hoy, hilo a hilo, la esperanza
a ojos cerrados, sin perder el hilo.
(“Virante”)

O en «Aren en paz»:

Después, como un cadáver puesto en pie
de guerra, clamaría por los campos
la paz del hombre, el hambre de Dios vivo,
la represada sed de libertad.

Ancia cierra una etapa importante en la poesía de Blas de Otero, y es un libro capital en la lírica española de posguerra, de este tiempo a vida o muerte para el poeta y para el hombre.

El tema de España

Desde 1941, en que aparecen —en el número 6 de la revista **Albor** de Pamplona— sus primeros poemas, hasta hoy, la poesía de Blas de Otero ha recorrido un largo camino, no exento a veces de dificultades. Camino jalónado por libros importantes que han producido cierto impacto en buena parte de la juventud poética española. A partir de **Angel fieramente humano** (1950), sigue **Redoble de conciencia** (1951), **Pido la paz y la palabra** (1955), **Ancia** (1958), **En castellano** (1960), **Hacia la inmensa mayoría** (1962), y **Esto no es un libro** (1963), volumen antológico en el que Otero ha querido reunir una serie de poemas de diversas épocas en los que se nombra o alude a personas concretas. En **Esto no es un libro** —cuyo título recordará en seguida al lector el lema de Whitman en sus **Hojas de yerba**—, que ha sido publicado por la Editorial de la Universidad de Puerto Rico, adelanta ya Otero algunos de los poemas que ahora podemos leer en su libro **Que trata de España**⁴, editado en París por las Ediciones Ruedo Ibérico. No es la primera vez que aparece en la capital francesa una obra de Blas de Otero. En 1959, el editor

⁴ París, 1964.

Pierre Seghers —el más importante editor francés de poesía, poeta él mismo— lanzó en su preciosa colección «Autour du Monde» una versión francesa del libro de Otero **En castellano**, con el título **Parler clair**, versión realizada con acierto por uno de los mejores traductores franceses de poesía española, Claude Couffon. Pese a las tremendas dificultades que la poesía de Otero ofrece a veces para su traducción a otras lenguas, debido a su concentrado estilo y a su personalísimo lenguaje poético, Otero es quizás, entre los poetas españoles de las generaciones de posguerra, el más traducido y difundido; reciente es la versión inglesa de veinte poemas de Otero, **Twenty Poems**, realizada por Hardie St. Martin y publicada por la editorial norteamericana de poesía The Sixties Press.

Este libro de Otero, **Que trata de España**, viene a continuar —¿o a cerrar acaso?— una importante etapa de su poesía, la que se abre en 1955 con **Pido la paz y la palabra**, el tercer libro del poeta. La etapa anterior, primera de su obra, comprende sus dos libros iniciales, **Ángel fieramente humano y Redoble de conciencia**, y representa la contribución de Otero a la poesía existencial y desarraigada —término este último que aplicó Dámaso Alonso a la poesía oteriana— que dominó en España en los años finales de la década de los 40, y cuyos temas predominantes son la angustia existencial, el problema del ser y de la muerte y el diálogo dramático con Dios. Pero a partir de **Pido la paz y la palabra**, a las preocupaciones existenciales y religiosas va a suceder en la poesía de Otero la preocupación por el hombre español en su destino colectivo y, ligada a esa preocupación, el tema de la patria, de España. Tema no nuevo, naturalmente, en la poesía española, puesto que ya en Unamuno y en Machado lo encontramos como motivo frecuente de inspiración⁵, pero que

⁵ Debo excusarme por la autocita, pero el lector interesado en el tema puede consultar mi libro **El tema de España en la poesía española contemporánea**, Revista de Occidente, 1964.

Otero convierte en tema central y obsesivo de esta segunda etapa de su obra, hasta el punto de haber dado el título general de **Que trata de España** a los cuatro libros que al parecer formarán esta nueva fase de su poesía, de los cuales han aparecido ya tres: **Pido la paz y la palabra**, **En castellano** y **Que trata de España**. Que hasta ese punto el tema de España obsesione a Otero podrá sorprender a un crítico de fuera, pero no a quien conozca la rica y larga tradición del tema español —prefiero llamarlo así a españolista o patriótico— en nuestra poesía, desde el «Poema del Cid» hasta hoy.

La evolución de una poesía existencial e intimista hacia una poesía preocupada por lo colectivo —el pueblo— y el destino de la patria, supone naturalmente un cambio radical en la concepción poética de Otero, quien reaccionando contra el minoritarismo y esteticismo de una poesía anterior —que podría personificarse en Juan Ramón Jiménez—, dirige ahora sus poemas «a la inmensa mayoría», es decir, al pueblo, con cuyo destino quiere fundir el suyo propio. Precisamente uno de sus libros de esta segunda etapa de su obra publicado en Buenos Aires por la Editorial Losada, lleva como título ese lema, **Hacia la inmensa mayoría**. ¿Quiere ello decir que la poesía de Otero ha llegado a ser una poesía popular? De ningún modo. Al menos en España, hoy por hoy, la poesía, como se ha repetido hasta la saciedad, sólo puede alcanzar un público minoritario, en gran parte formado por los poetas mismos, que podría calcularse en unos pocos miles de lectores, de una población de 33 millones de habitantes. Pero con ese título de **Hacia la inmensa mayoría** —el cambio de la preposición *a* por *hacia* nos revela, más que una dedicación, un caminar para un encuentro—, expresa Otero su voluntad de encontrar algún día, en un futuro quizás lejano, un público popular para su poesía. Como Antonio Machado, su poeta preferido, Otero cree también que hay un futuro para el pueblo español, un futuro de paz, de libertad y de justicia. El tema de la guerra civil —de la guerra cainita, como diría Unamuno— y de sus consecuencias, es uno de los que más doloro-

samente sangran en la poesía de Otero. Ante una España en lucha consigo misma, se pregunta Otero —como en otros tiempos se preguntara Ortega—; ¿qué es España? Y él mismo se contesta en uno de los poemas de *Que trata de España*. Como Cernuda en sus «Elegías españolas», como José Hierro en su admirable «Canto a España», Otero llega a pensar si no hubiese sido mejor nacer en otro sitio menos cruel:

A veces pienso que sí, que es imposible
evitarlo. Y estoy a punto de morir
o llorar. Desgraciado de aquel que tiene patria,
y esta patria le obsede como a mí.

Pregunto, me pregunto: ¿Qué es España?
¿Una noche emergiendo entre la sangre?
¿Una vieja, horrorosa plaza de toros
de multitud sedienta y hambrienta y sin salida?

Fuera yo de otro sitio. De otro sitio cualquiera.
A veces pienso así, y golpeo mi frente
y rechazo la noche de un manotazo: España,
Aventura truncada, orgullo hecho pedazos,
lugar de lucha y días hermosos que se acercan
colmados de claveles colorados, España.

El tema se repite en otro breve poema, «Heroica y sombría», pero en éste, el poeta acaba confesando que mejor es haber nacido en España, «en la España sombría y heroica de hoy». En el nuevo libro de Otero, el tema de España ofrece dos vertientes que con frecuencia se funden en una sola. Junto al canto preocupado y doloroso por la patria herida y la esperanza de su futuro, el canto vivo de la varia hermosura de España, en su imagen física. Y hasta tal punto está presente la bella geografía de la patria, con doliente perfil, en los poemas de este libro, que el poeta ha añadido al final del volumen, para el posible curioso lector, un índice geográfico, donde se indican los nombres de ciudades y pueblos, mares y ríos, tierras y rincones, y aun de calles y plazas, que aparecen evocados, con enamorada y melancólica voz, en sus versos. Cosa no muy frecuente, por cierto, tratándose de un libro de poesía.

Como tantos de nuestros poetas —Machado, Lorca, Alberti— el rico venero de nuestro cancionero y romancero anónimo y de nuestra copla popular, sirve de frecuente inspiración a Otero, que obtiene, en la canción doliente y melancólica, libre de preocupaciones políticas, algunas de las mejores piezas del libro. Citaré sólo, como ejemplo, esta «Canción cinco», en la línea más pura del género:

Por los puentes de Zamora,
sola y lenta, iba mi alma.

No por el puente de hierro,
el de piedra es el que amaba.

A ratos miraba el cielo,
a ratos miraba el agua.

Por los puentes de Zamora,
lenta y sola, iba mi alma.

Pero con más frecuencia, la imagen física de España es evocada en el canto ardido de la libertad y el duelo de la patria, la «bella y doliente patria», como en el poema «Por venir», uno de los más hermosos del volumen.

Poeta errante y andariego, Otero nos da en su nuevo libro una jugosa y varia imagen de las Españas que ha vivido y contemplado, todas ellas —las Españas litorales como las interiores— iluminadas por su verso grave y ardiente, que vuela desde su Bilbao nativo a la sureña Málaga, de la dorada Huelva al plateado Jaén, o al blanco muro de Aldea del Rey. Pasan del medio centenar los nombres de ciudades y pueblos españoles que Otero cita en su libro, que así viene a ser una apasionada geografía lírica de nuestro país.

Como en otros libros tuyos, también en éste usa Otero de los préstamos literarios, que si no son una novedad en la poesía española, nadie los ha utilizado con la frecuencia y acierto con que lo hace nuestro poeta. La incrustación de versos o palabras de otros poetas, antiguos y contemporáneos, en el curso de sus poemas, es uso frecuente en Otero desde sus prime-

ros libros. En **Que trata de España** los préstamos son, entre otros, de Jorge Manrique y Quevedo, Góngora y Fray Luis, Machado y Lorca, Vallejo y Miguel Hernández. Y en cuanto a los poemas homenajes a personajes literarios o históricos, tampoco podían faltar en el reciente libro de Otero. Toda una serie poemática está consagrada a Cervantes y Don Quijote, bajo un lema —propósito: **Unir a Don Quijote y Sancho Pueblo**. Pero también tienen sus poemas Velázquez y Alberto Sánchez —el escultor español muerto en Rusia hace pocos años—, Machado y Unamuno. La imagen de la patria desgraciada, que hace su historia cayendo y avanzando, para caer de nuevo en su trabajoso, heroico caminar —«de pronto un golpe en medio del pecho»— hacia la luz y la libertad, está evocada en un breve y delgado poema, que es un homenaje a los ilustrados españoles —Cabarrús, Azara, Jovellanos, Cadalso y Cienfuegos—, y al gran Espronceda.

Otero es, como se sabe, uno de los poetas en que el lenguaje es más personal, y en que los recursos estilísticos, apoyando una forma dinámica que corresponde casi siempre a la tensión creciente de su mundo poético, son más abundantes. Señalemos el uso del monólogo interior —por ejemplo, en «Españahogándose»— el uso de las frases hechas revitalizadas, del lenguaje coloquial que viene a apoyar aquel dinamismo dando calor al poema, los paralelismos y aliteraciones, las reiteraciones de palabras y elementos sintácticos, las frases adverbiales de tipo iterativo, etc. La intensidad de la palabra, del elemento fónico, oportunamente situado para acentuar el climax de un poema o de un verso, es otra característica que debe ser señalada.

No todo es de la misma calidad en el nuevo libro de Otero. Hay desniveles que fácilmente observará el lector. Pero en todo caso los poemas logrados, que alcanzan una calidad superior, abundan en **Que trata de España**, y hacen de este volumen no sólo uno de los más hermosos homenajes poéticos a nuestra «bella y doliente patria», sino un libro importante de la obra, ya tan rica e intensa, de Blas de Otero.

Sobre Mientras

Reciente aún su gran antología **Expresión y reunión**, editada por Alfaguara, publica Blas de Otero dos nuevos libros, uno de poemas, **Mientras**, y otro de prosas, **Historias fingidas y verdaderas**. La expectación que existía ante esas nuevas obras de Otero —de ambas había anticipado el poeta algunas piezas en **Expresión y reunión**— era lógica, pues aparte esta antología de Alfaguara, hecha por Otero mismo, hacía ya algunos años que el autor de **Angel fieramente humano** no publicaba ninguna nueva obra. Las líneas que siguen son sólo un comentario al primero de esos dos libros.

No existe gran poeta que no sea discutido, y Blas de Otero no es una excepción a esta regla. Quizá algunos admiradores suyos, más amigos de la política que de la poesía, echen de menos en su obra última los poemas ardorosamente belligerantes, claramente muy hermosos, de libros anteriores. Pero Blas de Otero es, sobre todo, amigo de la realidad, y esa realidad, que unas veces le lleva a crear fuertes y bellas invectivas poéticas —que no faltan, por otra parte, en esos libros últimos—, otras le empujan a cantar el son puro de la lluvia finísima rasgando la sombra, o la transparencia del aire o el silbar alegremente de unos pájaros en una calle cualquiera del Barrio Blanco, donde vive. Cuando un gran poeta empieza a ser discutido o a suscitar dudas o reservas sobre el futuro de su obra, probablemente es que ese poeta, manteniéndose fiel a sí mismo (pues ¿cómo un poeta puede traicionarse sin destruirse?), pero no a una cierta temática de su obra anterior ni a la imagen que han querido hacer de él los críticos, ha intentado abrir nuevos caminos, nuevas trayectorias y aventuras a su poesía. Tras su gran libro **Que trata de España** (1964), vino para el poeta la experiencia cubana, que sin duda ha influido en su obra posterior, enriqueciéndola con nuevas visiones y registros. Durante algún tiempo apenas se sabía nada

de Blas de Otero, de lo que hacía y creaba. ¿Dónde está Blas de Otero?, se preguntaban sus amigos, sus lectores. Y el poeta contestó a esa pregunta con el conmovedor poema «Cantar de amigo» que se inicia con esa misma interrogación:

¿Dónde está Blas de Otero? Está dentro del sueño, con los [ojos abiertos].
¿Dónde está Blas de Otero? Está en medio del viento, con [los ojos abiertos].
¿Dónde está Blas de Otero? Está cerca del miedo, con los [ojos abiertos].
¿Dónde está Blas de Otero? Está rodeado de fuego, con los [ojos abiertos].
¿Dónde está Blas de Otero? Está en el fondo del mar, con [los ojos abiertos].
¿Dónde está Blas de Otero? Está con los estudiantes y obreros, con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está en la bahía de Cienfuegos, con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está en el quirófano, con los [ojos abiertos].
¿Dónde está Blas de Otero? Está en Vietnam del Sur, invisible entre los guerrilleros.
¿Dónde está Blas de Otero? Está echado en su lecho, con [los ojos abiertos].
¿Dónde está Blas de Otero? Está muerto, con los ojos [abiertos].

Hay poetas, grandes poetas incluso —así Juan Ramón—, para quienes, fuera de la belleza, apenas nada merece ser contemplado. Para otros en cambio —Machado es un altísimo ejemplo—, la poesía debe ver también lo que pasa en la calle, la realidad que nos rodea, sea hermosa o desagradable, buena o mala. Machado pasa del intimismo de **Soledades** a cantar la dramática realidad de la guerra civil, como Guillén de la pureza de **Cántico** a los poemas comprometidos de **A la altura de las circunstancias**, y Aleixandre del surrealismo de **Espadas como labios** al humanismo abierto y abarcador de **En un vasto dominio**. Y así también Blas de Otero recorrerá un largo y tenso camino desde los poemas de angustia existencial y religiosa de **Angel fieramente humano** a la poesía comprometida con

su patria y con su pueblo de **Pido la paz y la palabra y Que trata de España**. ¿Ha significado esa evolución un descenso en la calidad de su obra? En absoluto, y más bien al contrario. La calidad se ha enriquecido, al mismo tiempo que la temática. Ciertamente ha señalado Eduardo Rico, comentando en el semanario **Triunfo** la antología **Expresión y reunión**, que junto al enriquecimiento temático que han representado en la obra de Otero sus libros de poesía comprometida— compromiso con la realidad de su país, de su pueblo, de su tiempo—, se ha desarrollado paralelamente un proceso de depuración formal, de acendramiento de los metales poéticos oterianos. Quien lo dude, no tiene más que leer, o releer, **Pido la paz y la palabra y Que trata de España**.

Pero la mirada de un poeta a la realidad no es siempre la misma, como tampoco es siempre la misma la realidad. Lo importante es vivir y morir, nos dice Otero, con los ojos abiertos a esa realidad cambiante y honda. Al frente de su nuevo libro **Mientras**⁶, Otero recuerda en un poema la historia de sus libros: historia turbia al principio —cientos y cientos de poemas «a borbotones»—; clara, transparente, después. Los libros, fluviendo a compás de la vida; la palabra, a compás de los años. La palabra del poeta «variando por sí misma, sucediéndose y revolucionándose». Hasta hoy, en que el poeta se abre a otra realidad que, siendo la misma, ha cambiado. Y entonces el poeta ha sentido la necesidad de llegar, «liberando el pensamiento, la imaginación y la palabra», a una poesía más abierta, y al mismo tiempo menos dramática, más plantada con naturalidad en mitad del hombre y de la calle y, claro es, de su propio y cansado y esperanzado corazón. Como él mismo nos dice:

poesía abierta
a toda forma y todo fondo y todo cristo
(“Oigan la historia”)

⁶ Ediciones Javalambre, Colección “Fuendetodos”, Zaragoza 1970.

y en otro brevísimo poema:

La poesía señores
no sólo está en los libros, imprimamos
en el aire
el aire es el papel más transparente
(“Oigan la historia”)

El título que ha puesto Otero a este libro, **Mientras**, es la palabra inicial de una frase que figura, impresa manuscrita, al frente del volumen. La frase es: «Mientras haya en el mundo una palabra cualquiera, habrá poesía» y pertenece a la pieza «Poesía y palabra» de **Historias fingidas y verdaderas**. Es, naturalmente, eco del estribillo «mientras haya» de la famosa «Rima IV» de Bécquer, que a su vez inspiró a Pedro Salinas el poema final de su libro **Confianza**: «Mientras haya/alguna ventana abierta», versos con que cierra, por cierto, Jorge Guillén su ciclo de **Clamor**. «Mientras» es, pues, una palabra de esperanza, muy cargada de acento temporal. En la gran corriente de poesía temporalista que nos legó Antonio Machado, tiene su puesto de honor el autor de **Mientras**. Como ocurre en tantos poemas de Machado, también aquí la estructura tiempo-espacio configura el poema oteriano. Lo que hay en la poesía de Otero de «esperanzas y recuerdos», de autobiografía, en suma, va siempre ligado a nombres propios —empezando por el suyo, pues la autonominación es un rasgo frecuente en él—, a ciudades, a fechas. Una parte del libro, la sección titulada **Historias y cuentos**, quizá una de las mejores del volumen, es muy rica en resonancias biográficas, en autobiografía. Léanse esos estupendos poemas que se llaman «Una luz anaranjada», «Penúltima palabra» «Y yo me iré...» «Morir en Bilbao». Otero vuelve siempre a su Bilbao, la ciudad que odia, que ama, que le duele:

Te padecí hasta el ahogo,
Bilbao: tu cielo, tus casas
negras. Y tu hipocresía.
No; no volveré.

Quemaste mi juventud
como un trapo viejo. Un día
me rebelé. Vi, y volví.

No; no volveré.

(“Y yo me iré...”)

Pero otras ciudades, las ciudades que vivió, soñó y cruzó el poeta en largas andaduras, de continente a continente, son evocadas, vividas, en no pocos poemas. No sólo su nativo Bilbao, sino Madrid, el zarandeado y claro Madrid de su infancia y su adolescencia, y Málaga, y La Habana, piropeada con amor, y Pekín, «dulcioso y terrible», y Moscú... Por ellas cruza errante y «con los ojos abiertos» Blas de Otero, para ver y palpar la realidad, la bella y dura realidad, y sentir a veces, a rachas, la «pura y simple alegría de vivir». Y al final del viaje —pero otros viajes sucederán a éstos— nos deja el poeta su testamento. ¿Qué testamento puede dejar un poeta si no es su poesía? Y en un breve poema nos lega su palabra serena de buena voluntad:

Dejo unas líneas y un papel en blanco.
Líneas que quiero quiebren la desesperanza
Líneas que quiero despejen la serenidad.
Líneas que balanceen el reposo.
Líneas sobrias
como el pan.
Transparentes como el agua.
Cuando me lean dentro de treinta años,
de setenta años,
que estas líneas no arañen los ojos,
que colmen las manos de amor,
que serenen el mañana.
(“Serenen”)

Como en todos los libros de Otero, también en **Mientras** el crítico podría estudiar los procedimientos estilísticos que abundan tanto en su poesía y que Emilio Alarcos ha comentado en su excelente libro sobre el poeta. Pero esa es labor para un ensayo detenido que no puedo intentar aquí. Señalaré sólo que son numerosos los llamados préstamos literarios —recuerdo, en-

tre otros, versos o medios versos de Espronceda, de Bécquer, de Machado, de Rubén Darío, de García Lorca...— Y que abundan igualmente los ejemplos de lo que ha llamado Carlos Bousoño ruptura del sistema en una frase hecha, procedente a veces de un texto literario previo⁷.

En una nota que el autor coloca al final de su libro, nos dice que la mayoría de los poemas de **Mientras** pertenecen a un libro aún inédito que llevará el título de **Hojas de Madrid** y han sido escritos entre 1968 y 1970. Es, pues, su producción más reciente, posterior a las prosas de su bello libro **Historias fingidas y verdaderas**⁸.

2. La poesía de Vicente Gaos: de «Arcángel de mi noche» a «Concierto en mí y en vosotros»

La idea de un joven editor de publicar una serie de volúmenes con las poesías completas de poetas ya maduros, aunque aún jóvenes, de la generación del 40 principalmente, no puede ser más oportuna. Esa generación lleva ya veinte o más años escribiendo y publicando poesía, y el poder contemplar su obra de una sola ojeada permitirá considerarla con la suficiente perspectiva y el contraste necesario, y lo que es más importante, calibrar su densidad auténtica. La serie se ha iniciado con las **poesías Completas** de Vicente Gaos¹, y es de esperar que este volumen, que reúne toda su obra en verso publicada —cinco libros— y alguna inédita, venga a situar la obra de Gaos en el puesto que por sus méritos le corresponde.

El primer libro de Vicente Gaos, **Arcángel de mi noche**, después de obtener en 1944 —al alimón con José Suárez Carreño y Alfonso Moreno— el premio Adonais, que por primera vez se convocaba, apareció ese mismo año en la colección «Adonais», con un prólogo

¹ Vicente Gaos, **Poesías Completas**. Con un prólogo de Dámaso Alonso y un "Ecuemento" de Vicente Aleixandre. Editorial Giner, Madrid 1959.

⁷ Véase su interesante estudio sobre ese procedimiento en Blas de Otero, titulado "Un ensayo de estilística explicativa (Ruptura de un sistema formado por una frase hecha)", en el volumen **Homenaje universitario a Dámaso Alonso**, Gredos, Madrid 1970.

⁸ A la bibliografía oteriana ya citada, habría que añadir dos antologías posteriores. La realizada por el autor de este libro con el título de **País** (Plaza Janés, Barcelona 1971), y la hecha por el poeta mismo y publicada con el título **Verso y prosa** (Cátedra, Madrid 1974).